

La representación del léxico científico-técnico en los diccionarios

Francisco Petrecca

Academia Argentina de Letras
Buenos Aires (Argentina)

Antes de que la enseñanza de idiomas descubriese las lenguas temáticas, de que la terminología hiciese suyo el vocabulario científico, la distinción entre el vocabulario común y el técnico nació con la primera lexicografía.

El diccionario monolingüe surge, como bien señala Luis Fernando Lara, como monumento histórico destinado a perpetuar las lenguas romances de los nacientes estados nacionales¹, y la lengua que constituyó su objeto fue –como prácticamente lo ha seguido siendo hasta ahora– la lengua literaria. Al proyecto enciclopédico le quedó el saber, y con él su lenguaje, de las artes y oficios, y luego el de la ciencia y la técnica.

La razón de este distingo fue el apego al léxico común. Según declaró en 1694, la Academia Francesa decidió atenerse al uso cotidiano *des honnestes gens* (¿del común?). Sin embargo, el léxico especializado nunca estuvo ausente de los diccionarios.

Cierto que no en la medida actual, y menos en el ritmo y modo en que se han sucedido las adiciones. En los años setenta se temió que la acumulación de tecnicismos hiciese estallar el diccionario en una multiplicidad de fragmentos temáticos independientes. No ha ocurrido así. La participación del léxico común se ha ido reduciendo comparativamente. Del estudio hecho, para el francés, por Louis Guilbert sobre el *Petit Larousse* entre 1949 y 1960 se desprende que, sobre un total de 3 973 adiciones, 350 pertenecen al vocabulario

general y 3 266 pueden incluirse dentro de los lenguajes de especialidad, incluyendo los humanísticos. Por su parte, hacia 1984, Sidney Landau estima que más del 40% de las entradas en el NID3 pertenecen a este grupo, del mismo modo que éste representa entre un 25% y un 35% de los diccionarios de escritorio, y considera que la proporción del vocabulario especializado será mayor en el futuro; al punto de afirmar que de hecho «los diccionarios generales exhaustivos se están convirtiendo en una colección de diccionarios temáticos mezclados con un diccionario general, el cual se va comprimiendo cada vez más en la proporción total de la obra»². También refiere que, según la estimación de C. Barnhart hacia 1978, el léxico especializado ocupa al menos el 40% de un diccionario de nivel universitario.

Estas cifras son de una sola perspectiva, la del lexicógrafo, reflejo impasible, pero es preciso considerar también el modo (que no se refleja cuantitativamente) en que ese léxico llega al hablante y se expande en la comunidad.

La querrela entre ordenamiento alfabético, por un lado, y conceptual, por otro, carece de sentido si pensamos solamente en una secuencia de artículos lexicalmente jerarquizados y ordenados. Se podrá tratar el *agua bendita*, el *agua blanca*, el *agua de amnios*, o el *agua de borrajas* del mismo modo, aunque poco tengan que ver entre sí, solo por el hecho de presentar la secuencia «agua + X». Basta simplemente una remisión, según la convención tipográfica aceptada, si la estructura conceptual del diccionario es buena, o de un hipervínculo, si el soporte es magnético, para hallar otra palabra conceptualmente afín. Pero ¿es tan solo eso lo que se requiere para el conocimiento del léxico actual, de ese léxico que es más invasor de nuestra conciencia que expresión de nuestro saber?

No creo que desde que España conociese la existencia de América se hayan incorporado tantos nuevos términos a la lengua. Aunque los recursos lingüísticos de incorporación no hayan variado, sí lo ha hecho el modo. Tiempo atrás, las

palabras eran transmitidas de boca en boca, circulaban difusamente, al punto que su origen podía confundirse con la leyenda, y se movían al paso tardo de la marcha animal. Hoy un nuevo conocimiento se hace público «en presencia», en tiempo real, se reproduce por los medios de comunicación casi al instante y, al día siguiente, puede estar en boca de todos. La incesante producción de nuevas informaciones no termina de ser socialmente digerida cuando sobreviene otra nueva noticia que hace olvidar la anterior.

Esta desinformación estructural, bien conocida en el campo de la política, no deja de tener efecto en el campo científico-técnico. ¿Qué importancia tiene la opinión pública cuando es tiempo de tomar una decisión, por ejemplo, sobre los alimentos transgénicos? ¿Corresponde sólo al poder político dar entonces cuenta del contenido de las palabras? Al respecto, la prensa de divulgación científica tiene un papel de considerable importancia. Pero, ¿qué pasa con los diccionarios?

Aunque el más conocido, por cierto, no existe sólo el tema de las definiciones, que como se ha dicho ya muchas veces es competencia de un lexicógrafo especializado, no de un especialista: «Because the lexicographer is not an expert he is able to recognize the needs of a wider variety of users than the specialist-definer»³.

Ese redactor especializado debe tener claro que, más allá de las imposiciones formales de la planta del diccionario, su objetivo es la comprensión del consultante. Cuando se «sabía» que la tierra era plana, la pulgada, el codo o la braza eran medidas de dimensión humana, y era fácil para el hombre entenderlas. Cuando se «sabía» que era redonda, una definición de metro como «Unidad de longitud, base del sistema métrico decimal, la cual se determinó dividiendo en diez millones de partes iguales la longitud calculada para el cuadrante de meridiano que pasa por París» (DRAE, 1992) todavía tiene apoyos sensibles: el recuerdo de un globo terráqueo visto en la escuela, la mención de París... Pero cuando el metro pasa a ser la «longi-

tud del trayecto recorrido en el vacío por la luz durante un tiempo de $1/299\,792\,485$ de segundo»⁴, es necesario dar un apoyo sensible. De lo contrario se cae en el riesgo de la incompreensión, y más aún, en la respetuosa ignorancia.

Casi cualquier persona se siente capaz de opinar sobre el lenguaje por el simple hecho de hablarlo, y es bueno que así sea. En cambio, son muy pocos los que se atreven a hablar de física cuántica. La medicina se halla en un lugar intermedio.

Es cierto que la comparación entraña el riesgo de la distorsión: un puma no es un león (ni siquiera americano); la nutria es un carnívoro, no un roedor (el coipo); el conejillo de Indias no es un conejo; el zorrino no es un zorro; la biobalística no es una disciplina olímpica, ni el gen altruista un ejemplo digno de imitar. Pero también es cierto que sin el apoyo de esos estereotipos culturales se torna muy difícil transmitir el nuevo concepto. Eso vale para quien acuñe un término, quien lo defina o quien lo traduzca. Las cosas nuevas se comprenden por comparación con las conocidas. La comparación es firme, porque es imaginable. Su sostén es más firme, y por ello también es más peligrosa a la hora de representar nuevas realidades que la mera conceptualización. Debe quedar claro que es tan solo un punto de partida.

La definición de un término científico en un diccionario general necesariamente será científicamente insatisfactoria, nunca será lo suficientemente precisa. No obstante, el diccionario no es solo una suma de definiciones. Es una estructura de ellas. Aparece aquí un doble interés.

En cuanto a la expresión del signo, se trata muchas veces, y particularmente cuando el consultante es un especialista, de conocer su grafía y morfología (parece interesar menos el tema de la sintaxis). Al respecto, el ordenamiento alfabético es más adecuado. Sería de desear también que el diccionario no renunciara a la función normativa que la sociedad le ha asignado. Las indicaciones acerca de la acentuación y del plural son imprescindibles.

En cuanto al contenido, sin caer por ello en la enciclopedia, parecería que hipervínculos y remisiones no bastan. El vocabulario especializado se estructura mejor en grandes bloques temáticos, en ese ordenamiento conceptual que emplean ya algunos diccionarios de segunda lengua. La realidad de este tipo de repertorio léxico, su condición de formante de los lenguajes para fines específicos, lo acerca mucho a ese modelo de representación. Claro está que si de lo que se trata es de un acercamiento global al concepto y a las relaciones que este guarda con

otros con los que aparece usualmente asociado, el mejor soporte es el multimedia.

Bibliografía

1. Lara Ramos LF. Teoría del diccionario monolingüe. México: Colegio de México, 1997; 45.
2. Landau SI. Dictionaries: the art and craft of lexicography [1984]. Cambridge: Cambridge University, 1989; 21.
3. Landau SI. op. cit.; 146.
4. Real Decreto 1317/1989. BOE n.º 264, 3 de noviembre de 1989.

Perlas de la traducción *El entretenimiento de las máquinas* Bertha Gutiérrez Rodilla

Departamento de Historia de la Medicina, Universidad de Salamanca (España)

Hace poco tiempo cayó en mis manos la traducción al español de un manual de radiodiagnóstico elaborado por la Organización Mundial de la Salud. No pude reprimir una mueca cuando, al leer el índice, me encontré con un capítulo dedicado al entretenimiento de la instalación, capítulo donde se repetían hasta la saciedad las condiciones para que tal entretenimiento fuera bueno. Mala traducción de un *entertainment* inglés, pensé. Los traductores de un organismo internacional como la OMS deberían saber que se trata del mantenimiento, seguí pensando, preocupada como otros muchos intransigentes por el mal uso del inglés, al mezclarlo, por desconocimiento, con nuestra propia lengua. Mi sorpresa fue grande cuando, días más tarde, leyendo un diccionario médico de 1879, traducido entonces al español desde el portugués, encontré que su autor se refería al *entretenimiento* de la salud en varias ocasiones.

Para hacer una cura de humildad, recordando que hay usos en que nuestras lenguas han coincidido y otros en que se han separado, empecé a buscar documentación. Y así encontré que, en *El Quijote*, Luscinda se refiere a *entretener* sus pesadumbres, en el sentido de hacerlas menos penosas o, mejor, mantenerlas como están, aunque con la esperanza de que no crezcan. Y en esa misma obra, Camila le escribe a Anselmo «me habré de ir a entretener en casa de mis padres», siendo lo que necesita Camila, no que la diviertan, sino que la mantengan. Los ejemplos anteriores muestran que *entretener* tiene más usos en español que los que ahora nos parecen únicos, y, entre ellos, los que da el DRAE en la acepción quinta de *entretener*, que se adecua perfectamente a éste que ahora nos parece criticable: «mantener, conservar». El diccionario de Seco lo ilustra, incluso, con un ejemplo actual: «El cabildo de Tarazona entretiene una modesta, pero decorosa hospedería».

El hecho está ahí, es incontrovertible; sin embargo, cuando en español hay que referirse a los procedimientos para conservar en perfecto estado ya sean la salud o la lavadora, usamos *mantenimiento*, y nadie que se encuentre con este *entretenimiento* en un manual de instrucciones verá en él una elección normal, porque aunque existe en los textos y en los diccionarios, se trata de un uso marcado, de la elección de una acepción arcaica que sólo puede usarse en circunstancias muy restringidas. No debemos limitarnos, pues, a conformarnos con encontrar una voz documentada, sino que hemos de estar en condiciones de discernir si es oportuno o no utilizarla.

Reproducido con autorización de *El Trujamán del Centro Virtual Cervantes*
[<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>]